

En torno  
al debate  
**LOS  
CRISTIANOS  
Y EL  
SOCIALISMO  
Y LA  
PARTICIPACION**

*La sociedad capitalista no es la etapa definitiva de la humanidad. Sin duda es un gran logro con respecto al pasado, pero cada día es más manifiesto su rostro y entraña antihumana. Tanto en los países centrales capitalistas como EE.UU., Alemania o Inglaterra como sobre todo en los países periféricos de capitalismo dependiente se agudiza la necesidad de alternativas superadoras. El capitalismo, como cualquier otro sistema, es una etapa transitoria de la historia. La humanidad no se detiene y busca etapas superiores que den una dimensión más humana a las múltiples conquistas técnicas y económicas ya logradas y realicen otras nuevas. Dentro de esta búsqueda de vida más humana para el siglo XXI, con otro sistema social, se mueve el diálogo de SIC sobre "Cristianismo y Socialismo". Su signo común es la búsqueda de superación del capitalismo. Dentro de esa búsqueda no hay fórmulas definitivas, sino ensayos todavía insatisfactorios.*

*A continuación publicamos tres aportes distintos —al mismo tiempo convergentes y divergentes entre sí— de colaboradores comprometidos en la vida pública venezolana con la construcción de un futuro nacional más humano.*

# HACIA LA SUPERACION DEL CAPITALISMO

FREDDY MUÑOZ\*

Me acojo de nuevo a la hospitalidad de SIC para volver a participar en el debate que ella alberga en sus páginas sobre el tema "los cristianos y el socialismo", que tiene en nuestro tiempo importancia inocultable y merece todo el esclarecimiento que sea posible proporcionar, desde las distintas concepciones que entran en juego. Lo hago esta vez tomando como referencia el artículo que, bajo el título "Más allá del capitalismo", publica Monseñor Ovidio Pérez Morales en el número 392 (febrero de 1977) de esta revista.

Una idea fundamental inicia los planteamientos del mencionado artículo y se hace presente a lo largo del mismo: el orden capitalista establecido en nuestro país debe ser superado, y en el lugar que él ocupa debe ser construido algo nuevo.

No sé si Pérez Morales y yo damos el mismo significado a esa afirmación, que comparto plenamente. En todo caso, y para que se conozca lo que en ella juzgo esencial, expreso mi acuerdo con los fines del "otro tipo de organización social" que el ilustre dirigente de la Iglesia Católica venezolana señala: "para hacer praxis la proclama democrática; para popularizar y hacer fecunda la riqueza". Lo mismo hago respecto de otra idea contenida en su artículo, a propósito de lo que debe ser la alternativa al capitalismo: "Se trata de hacer una sociedad libre, para y con gente libre".

Creo, además, que es interesante destacar otro aspecto de las ideas presentadas por Monseñor Pérez Morales: su crítica —por lo que se refiere a la sociedad en la cual vivimos— se dirige al capitalismo como sistema y no a tal o cual exceso de las clases privilegiadas, o a un cierto "capitalismo liberal" que sería el responsable de los males que se condenan, como ocurre con la crítica que a la actual sociedad se formula desde algunas áreas —y no poco significativas, ciertamente— del mundo católico y desde esferas políticas que afirman tener una inspiración cristiana.

Lo que exige ser superado es, pues, el capitalismo, esto es, un ordenamiento social determinado.

La experiencia de varias décadas ha demostrado suficientemente que los grandes problemas que aquejan a la decisiva mayoría del país, los enormes desequilibrios, las profundas desigualdades que se manifiestan en el disfrute de la riqueza casi inimaginable que Venezuela posee, en el acceso a los bienes materiales y culturales y en las posibilidades de participar en las decisiones que afectan a

la vida de cada uno, son el resultado de un modelo de organización social, de las orientaciones que dentro de éste le son impuestas al Estado, del tipo de civilización que las fuerzas más poderosas establecen y propugnan como producto del progreso.

El ingreso resulta tan desigualmente distribuido (al extremo de que el 68 por ciento de las familias obtenían en 1975 menos de 1.500 bolívares mensuales y para el mismo año el 57 por ciento de las familias obtenían menos del salario mínimo vital calculado por CORDIPLAN) porque hay una enorme disparidad en el reparto de la propiedad —lo cual da fundamento a las relaciones sociales de explotación que caracterizan la actividad económica— y porque hay un Estado que sistemáticamente distribuye sus formidables recursos en favor de una minoría privilegiada (Recuérdese que en el mensaje de balance de sus tres años de gobierno el Señor Presidente de la República tuvo que reconocer que en ese lapso se entregaron a los capitalistas 16.600 millones de bolívares en exoneraciones y subsidios).

Las desigualdades en el acceso a los bienes necesarios para la vida son tan graves (al extremo de que la mitad de los bienes de consumo son apropiados por apenas una quinta parte de la población, lo cual se traduce en que el 70 por ciento de ésta no disponga de los requerimientos nutritivos mínimos) porque son graves los desequilibrios en el reparto directo e indirecto del ingreso.

La marginalidad de amplios sectores es crónica y se hace creciente porque la modificación estructural de la población que tiene lugar bajo el impulso de un crecimiento económico distorsionado —y distorsionado por décadas— no encuentra

\* Freddy Muñoz, Diputado y destacado dirigente del MAS, se ha caracterizado por la búsqueda de un socialismo que pueda superar las limitaciones del "colectivismo del Estado" conocido hasta hoy.

su contrapartida en la capacidad de la sociedad para absorber fecundamente (en términos de trabajo, remuneración, suministro de bienes y creación de un entorno cultural humanizador) a buena parte de la población que se localiza en los polos del "desarrollo".

La democracia existente es limitada y discriminatoria, y margina a la mayoría de las decisiones que van más allá del voto, porque quienes ejercen el poder político y quienes, detrás de éste, controlan buena parte del económico, están interesados en mantener las limitaciones de aquella para así conservar sus respectivos y correlacionados campos de dominación.

Muchas otras afirmaciones semejantes a las precedentes podríamos hacer para apoyar ampliamente la idea de que las múltiples manifestaciones de enfermedad que esta sociedad exhibe tienen en ella raíces muy hondas, que le son consustanciales.

Es verdad que puede haber, que ha habido y que habrá seguramente reformas de la realidad existente. La invocación de la posibilidad de que éstas ocurran, así como el señalamiento de su ocurrencia real, en momentos determinados, constituyen algunos de los argumentos más acariciados por los abogados del sistema establecido. Algunas reformas pueden darse, ciertamente, porque el Estado venezolano posee grandes recursos; porque el crecimiento económico estimulado por las grandes inversiones puede originar durante algún tiempo beneficios materiales para una parte de los sectores no privilegiados; porque es posible que los propios círculos económicos poderosos comprendan la necesidad de cambiar un poco la situación social del presente (a los fines de ensanchar sus mercados, que están enfrentados al peligro de la contracción relativa, a causa del bajo nivel de ingresos de la mayoría del país, y de impedir la emergencia de situaciones sociales conflictivas); y porque los gobiernos tienen que justificarse ante quienes encarnan la base electoral de su poder.

Pero lo que nos dice una larga historia, cuyos datos se repiten no por casualidad, es que los problemas que están esencialmente ligados a un modo de repartir la propiedad, a un modo de distribuir el ingreso, a un modo de organizar la producción, a un modo de funcionar el poder político, que opera en beneficio de una minoría, no pueden resolverse verdaderamente, en profundidad y progresivamente, mientras ese conjunto de relaciones sociales se mantenga.

Por todo ello, es necesario definir y luchar en la práctica por establecer

una alternativa al capitalismo. Una alternativa auténtica, es decir: una realidad global esencialmente distinta. Solo así se puede expresar, más allá de ciertas "declaraciones principistas", si de verdad se quiere un cambio de las cosas.

En relación con la satisfacción de esta exigencia fundamental. Monseñor Pérez Morales señala una dificultad: "... cuando (ese hablar contra el capitalismo) se toma en serio, y se convierte en juicio práctico y en quehacer efectivo, entonces surgen las dudas, las sospechas, las acusaciones, los temores, las ambigüedades".

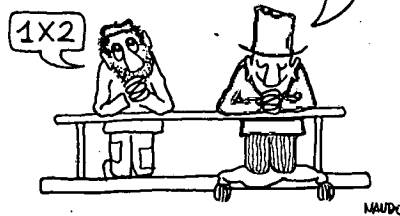
Tiene razón el autor de tales afirmaciones. Dudas, sospechas, acusaciones, temores, se levantan, por ejemplo, contra quienes, inspirados en una concepción marxista del proceso histórico, presentamos para nuestro país una alternativa socialista entre cuyos rasgos fundamentales están la democracia y la libertad. Actitudes semejantes despiertan los que desde una óptica cristiana hablan del socialismo como la superación necesaria y posible de la sociedad que hoy existe, y quienes —como el propio Obispo Pérez Morales— llaman a construir "otro tipo de organización social", si bien no lo señalan con una palabra determinada.

Por nuestra parte, reconocemos que las dudas con respecto a lo que postulamos pueden tener una cierta pertinencia y estar ligadas muchas veces a una actitud sincera frente a los difíciles problemas del cambio social. Comprendemos, en consecuencia, que nuestras posiciones y propósitos deben ser explicados con la mayor claridad, sin ambigüedades.

Afirmamos, y en ello coincidimos con Pérez Morales y muchos otros que tienen divergencias importantes con nuestra concepción del Mundo, que la superación del capitalismo no debe significar una caída "en el estatismo, ni en el totalitarismo ideológico o político", y que "la alternativa del capitalismo no puede ser un régimen de corte stalinista". Pero no debemos ocultar, ni ocultamos, que en otro tiempo no pensamos de este modo, y aceptamos acriticamente las realidades de un socialismo burocrático y en no pocos aspectos autoritario.

Hemos cambiado, en cuanto se refiere a ciertos planteamientos sustanciales. La reflexión sobre una larga trayectoria —cumplida aquí y en muchos otros lugares—, marcada frecuentemente por el fracaso, el estancamiento o el bloqueamiento del esfuerzo revolucionario, el reexamen de los procesos revolucionarios políticamente victoriosos y la revisión crítica de la experiencia socialista conocida nos han impulsado —y lo mismo ha ocurrido con otros, en países distintos al nuestro— a una relaboración del pensa-

$$\begin{aligned} (x-y) \rho' x(x, y) + (a-b) \frac{xx^2}{yy^2} &= 0; \theta = \frac{n}{2}; \rho = -x \\ dw = d(\log x \frac{dx}{dy}) &= \frac{d^2y/dx^2(-2)}{1 + \frac{dy}{dx}} dx = \sqrt{4 + (\frac{dx}{dy})^2} \\ \sqrt{\frac{a+b}{xx^2}} &= \rho(a-b); a^2 + x_1x_2(\log \frac{a+a^2}{8+b^2}) = a^2 + x_1y_2 \\ \rho &= \frac{\sqrt{4+2x-4y^2}(\frac{x-y}{a+b})}{r(\frac{dx}{dy})^2 + 2\rho \frac{dx}{dy} \frac{dy}{dx}} = \frac{\sqrt{4+2x-4y^2}(\frac{dx}{dy})^2}{r + 2\rho \frac{dx}{dy} t(\frac{dy}{dx})^2} \\ \lambda = 4; \frac{1}{a^2} + \frac{x_1x_2}{a^4} &= 0; \frac{1}{b^2} + \frac{y_1y_2}{b^4} = a^2 + x_1 - x_2(a-b) \\ x &= \sqrt{\frac{(a^2-ab^2)(a^2+b^2)}{a^2+b}} = \sqrt{\frac{a^2-ab}{x_1y_2}(\frac{a}{b})} = \sqrt{\frac{x}{y}} = \infty \end{aligned}$$



miento, a una reconsideración de las viejas "verdades", al rechazo de las recetas, a la recuperación de la fuerza vital del marxismo —que va hacia lo concreto para descubrir el sentido del movimiento social— y a un grave cuestionamiento, desde posiciones socialistas, de las deformaciones que el socialismo ha sufrido donde se ha emprendido su realización.

La ruptura con el dogma y los alineamientos nos ha permitido recuperar el concepto clave de que toda revolución constituye un hecho original, y que en cada país es necesario y posible encontrar una vía nacional para conquistar y construir el socialismo, derivada de los caracteres específicos de la sociedad cuya transformación se propugna y de las peculiaridades que en todos los órdenes genera el proceso concreto de la historia nacional respectiva. Nos ha permitido también elevar al primer plano la idea de que el socialismo ha de significar no sólo una nueva distribución de la propiedad y el ingreso, sino también, y de manera fundamental, una vida democrática, que asegure una amplia participación social y la libertad genuina de los individuos.

Todas estas ideas están presentes en nuestras proposiciones sobre la sociedad alternativa.

Propiciamos, por ejemplo, la supresión de la gran propiedad, que es base primordial de las relaciones económicas imperante, y el establecimiento de un nuevo régimen de apropiación dentro del cual coexistan la propiedad social a escala de toda Nación (que es ejercida por el Estado y abarca las riquezas básicas y las áreas estratégicas de la economía) con formas colectivas no globales de propiedad (como la que tiene lugar en ciertas cooperativas) y con la propiedad privada a niveles y dentro de condiciones compatibles con una sociedad que busca eliminar la explotación del trabajo humano. Pero no proponemos, en cambio, que el Estado tenga

en sus manos todos los atributos de la propiedad social. Pensamos, más bien, que junto a su acción orientadora y organizadora a la altura del país entero debe hacerse efectiva la gestión de los productores directos en las unidades económicas donde la nueva propiedad haya sido establecida. Esto es, que organismos de los trabajadores, actuando como instrumentos de poder en el nivel correspondiente, intervengan en las empresas en la dirección de la producción, en la distribución del ingreso, en la política de inversiones, en la fijación de remuneraciones, en las múltiples relaciones con las comunidades locales, todo ello de modo tal que sus decisiones influyan verdaderamente en la planificación nacional y sean coherentes con ella, y que los intereses de cada colectivo parcial sean compatibles con los de la sociedad en general.

En consecuencia con la idea anterior, y puesto que concebimos la actividad económica como una orientada hacia la satisfacción de las necesidades materiales y culturales de la colectividad —cuyas opciones no pueden, por lo tanto, ser ignoradas, ni tampoco cabalmente reflejadas en las decisiones que se toman a nivel central —rechazamos la visión ultracentralista y administrativa de la planificación, y el dogma según el cual el mercado y el plan son elementos mutuamente excluyentes.

Reconocemos, obviamente, la necesidad de que bajo el socialismo exista un poder central. Pero el análisis crítico del régimen político dentro del cual vivimos y del que muestra la experiencia socialista nos lleva a poner de relieve —aunque sean muy significativas las diferencias entre uno y otro— que la existencia de tal poder central, en tanto que supone una mediación —por lo demás inevitable— entre el pueblo y las altas instancias gobernantes, implica una limitación de la vida democrática. Por lo tanto, además de las proposiciones que hacemos sobre un radical perfeccionamiento de los mecanismos para la elección de quienes asumen la dirección del Estado, nos orientamos a la búsqueda de una estructura en la cual éste encuentre un contrapeso en las organizaciones del pueblo y en las instituciones intermedias y locales, de manera que el poder central sea efectivamente controlado y su gestión progresivamente compartida con aquellas instancias donde los creadores de la vida social tienen una representación más directa e inmediata. Esto debe expresarse en la independencia de los sindicatos y otras organizaciones semejantes, en un sustancial fortalecimiento de los Consejos Municipales y las Juntas Comunales, y en la existencia de agrupaciones de base —en las unidades económicas, en los centros educacionales y cultu-

rales, en los lugares de residencia— que tomen para sí responsabilidades de dirección y administración de la actividad correspondiente, convirtiéndose en órganos del poder popular, a través de los cuales las masas ejercen cada vez más las responsabilidades de gobierno necesarias a la vida de la comunidad.

Hemos adquirido una concepción pluralista de la dinámica política y cultural del socialismo. Como superación del capitalismo, en el cual la explotación es responsabilidad fundamental de una minoría, el socialismo está llamado a satisfacer las aspiraciones no sólo de la clase obrera, sino también de otros muy amplios sectores de la población (campesinos, modestos propietarios urbanos, capas técnicas y profesionales, intelectuales no incorporados orgánicamente a las clases dominantes). Pero los intereses de todas estas fuerzas, si bien son convergentes y compatibles, no son idénticos y pueden resultar eventualmente contradictorios, a lo cual se añade que pueden encontrar vehículos diversos para su expresión. El Estado, por otra parte, aún si se le supone animado de las mejores intenciones, no asegura el cumplimiento siempre satisfactorio de sus funciones, ya sea porque es imposible evitar permanentemente errores de conocimiento, ya sea porque afecte intereses parciales intentando preservar los generales o los que considere principales, ya sea porque en él se generen tendencias a obtener beneficios propios o actitudes conservadoras que son muy comunes en una institución de su género. De todo esto se desprende la posibilidad de que surjan conflictos, críticas, insatisfacciones, divergencias, protestas, cuya ocurrencia es legítima y como tal debe ser reconocida. Su reconocimiento significa una orientación y una conducta directamente contrarias a la uniformación del pensamiento o el comportamiento social.

Algo semejante nos planteamos frente a la diversidad que se hace patente en el dominio de la cultura, es decir, con respecto al contenido y el carácter de la actividad teórica, de la investigación científica, de la creación artística: nuestras líneas programáticas rechazan el monopolio y los dictados administrativos del Estado o de tal o cual fuerza política. Pensamos así porque hemos aprendido que en la esfera cultural, así como en la política, una hegemonía legítima —es decir: un amplio consenso— sólo puede ser alcanzada a través de la confrontación, ganando la conciencia de la mayoría gracias a la calidad de las ideas y el ejemplo de la acción, renovando continuamente la condición de fuerza dirigente. Concebir y hacer las cosas de este modo es actuar en favor de un socialismo signado por la democracia y la

libertad. La alternativa no es otra que repetir la dolorosa experiencia de las distorsiones esenciales, que estamos en la obligación de evitar, precisamente porque somos revolucionarios.

Pluralista es también, finalmente, la idea que tenemos sobre las fuerzas que han de comprometerse en la lucha por el cambio. La historia nos enseña —y ahora mismo lo hacen los hechos del presente— que el acercamiento a la lucha por la transformación del capitalismo puede darse y se da desde espacios teórico-políticos diferentes y a partir de distintas y complejas motivaciones éticas. Entendemos, por tanto, que nuestra responsabilidad consiste no sólo en desplegar el esfuerzo propio, basándonos en la concepción que tenemos del proceso histórico y en las definiciones políticas que hemos elaborado, sino también en contribuir a la convergencia de todos los que quieren o pueden llegar a empeñarse en la lucha por cambiar la sociedad actual.

Entre éstos se encuentran muchos de los que pertenecen al mundo cristiano. Para reconocerlo bastaría con recordar la experiencia que vivimos cada día, en la cual se prolonga la de un pasado lleno de ejemplos aleccionadores. Pero además, como he afirmado en numerosas oportunidades anteriores, la idea que tenemos sobre el hecho religioso nos permite el valioso significado de esa experiencia y toda la legitimidad que hay en los hechos que la conforman, que no son extraños, ni meramente episódicos, ni mueven a la sospecha porque encuentren inspiración en la creencia y la fe. En la religión como forma de la conciencia humana descubrimos —entre otros componentes de su compleja trama— expresiones de la rebeldía y la esperanza de los oprimidos y de su aspiración a una vida nueva. Expresiones que constituyen para buena parte de los creyentes —sin que para ello sea un obstáculo su peculiar condición, que los liga a una dimensión sobrenatural— un alimento espiritual de una conducta comprometida, y comprometida con la transformación del sistema social que hoy padecemos. Por eso no necesitamos renunciar a convicción alguna al aceptar como cierta la afirmación de Monseñor Pérez Morales, según la cual en el proceso de “edificar un mundo nuevo, libre, pluralista, abierto”, el cristiano “no sólo podrá aportar lo que por sus conocimientos y experiencias le venga, sino también la rica iluminación del Evangelio. . .” Creemos que es así, que en el Evangelio se encuentra, obviamente en términos de religión, una inspiración para muchos que luchan por cambiar el orden social existente, aunque no compartamos la comprensión del Mundo que él encierra. Lo cual no debe impedir que converjamos en la tarea.